

Por una caja...

La casa está vacía. Muy vacía. Y silenciosa. Me despierto por la mañana sintiendo dolor en cada uno de mis huesos, maldito peso de los años, me siento sobre el borde de estas arrugadas sábanas recordando...

Recordando a mis hijos, ahora con sus propias vidas, sus propios hogares, intentado cumplir como yo hice sus sueños de juventud. Y los veo, siluetas dibujadas en el aire, tan lejos en el tiempo, pero tan cerca en la memoria, correteando por estos pasillos, haciendo mil y un equilibrios imposibles sobre los sillones, ensuciando y destrozándolo todo como pequeños torbellinos.

Recordando a Ana. Recordando como cada noche podía sentirla entre mis brazos, y no este maldito hueco de aire vacío, que cada año se siente mas frio y mas oscuro, intentando envolverme, engullirme y arrastrarme al mismo olvido en el que ella ahora descansa.

Recordando aquel día. Un día como otro cualquiera, camino de aquella abarrotada oficina, pedaleando encima de mi bicicleta, sobre aquella ciudad tan llana, de tan pocas cuestas, de avenidas amplias y calurosas, en las que tanto se agradecía la sombra de escuálidos árboles, que parecían achantarse ante la mordida de un brillante y despiadado sol.

Recordando aquella chica arrodillada en la acera sobre su bicicleta, su pelo moreno alborozado sobre su espalda y su piel brillante y húmeda de un largo esfuerzo.

Recordando como estuve a punto de pasar de largo, aquellos jefes tan rigurosos con la puntualidad, el tiempo tan justo, las mil y una preocupaciones diarias bullendo en mi cabeza, aquella trepidante película con palomitas de la

noche anterior y la promesa de un café caliente en el primer turno de la mañana.

Recordando llevar la mano a mi bolsillo y encontrar como por casualidad aquella caja comprada tras deambular el día anterior en unos de aquellos enormes bazares modernos, de mil y un cachivaches, que gran excusa para un buen samaritano, un galante caballero en aquella jungla de asfalto, un caballo para conquistar troya y raptar a Elena.

Recordando frenar y ver a aquella chica girar ligeramente la cabeza, preguntándose quien era yo y que hacía parándome tan cerca. Deleitarme por primera vez en aquellos ojos y aquella mirada curiosa que tanto aprendería a conocer. Mi temblor al acercarme, mi torpeza al ofrecerle ayuda, la sonrisa de ella, un reproche por mi atrevimiento, un juego del gato y el ratón y el resto... es historia.

Recordando la maldita enfermedad que me separó de ella, el dolor clavado como un puñal de los últimos días y la despedida que nunca deseé. Pero también los buenos momentos, los abrazos, los besos, la complicidad, el mundo tomado por montera, las risas... instantes en los que la vida parecía detenerse y todo girar alrededor de un hilo invisible que unía nuestras vidas.

Abro el cajón de mi mesilla, aun conservo aquella caja, raída, gris y sucia, me quedo mirándola y pensando en el destino escrito en pequeñas y humildes cosas. Como esta caja. Bendita caja de parches....